

(viene de la pág. 11)

Así nos han saludado. ¡Como siempre! Inalterables. Impertérritos. Como la tierra donde nacieron.

Ahora, en el confín, una leve arruga, una sencilla ondulación que interrumpe la superficie plana y uniforme. Son unos cerros insignificantes. Y en el lomo curvo de sus siluetas gibosas, como índices señalando al cielo, los molinos de viento que el Caballero de la Triste Figura imaginó gigantes.

Reina la luz. Y al cuadro multicolor—ceniza de camino, verdor de viñedos, negrura de olivares, ocre de tierra y añil de cielo—le faltaban estas notas blancas de los vigías manchegos, alertas eternos presidiendo, como emperadores en su trono, la majestad imponente del llano y la solemnidad augusta de la tarde primavera.

¡Ay, musa de poeta, inspiración de prosista, paleta mágica de pintor! Venid aquí. Contemplar, soñar, expresar y sentir. ¡Sentir, sobre todo! Porque la inmensa mayoría de cuantos escribieron y pintaron sobre motivos temáticos de la Mancha, no la vieron, o no la supieron ver, que es lo mismo. Y, desde luego, no la sintieron. Rimaron sus versos, y engarzaron sus párrafos, y colorearon sus telas sin penetrar en el alma manchega, guiados exclusivamente por tópicos manidos y lugares comunes.

No acertaron con el simbolismo de la Mancha. No interpretaron el valor perenne de estos molinos de viento, hitos descomunales en la plataforma lisa y monda de nuestro terruño. Aquí, en estos cerros que se alzan suavemente sobre la meseta, reina el viento sin obstáculos y con frecuencia relativa. Y como el agua escaseaba, nuestros antepasados supieron aprovechar esta otra fuerza natural y vivificadora. Por eso construyeron estratégicamente sus molinos. Había entonces una técnica del viento: nuestros arriesgados marinos cruzaban la inmensidad oceánica merced exclusivamente al impulso del aire en movimiento, que hinchaba el velamen de naos y carabelas; y nuestros padres pedían al viento la fuerza necesaria para moler sus granos. Por eso, en la tierra seca y ardiente que es la Mancha generalizada, el Molino de Viento simboliza el esfuerzo creador del hombre, luchando contra las inclemencias naturales y apoyado, a su vez, en las mismas fuerzas de la naturaleza. Ciertamente que el viento es una energía caprichosa e irregular, pero también es una fuerza gratuita e inagotable. Y así, en ese combate perenne contra la hostilidad ambiente y en esa lucha secular del hombre contra los elementos, se fué forjando nuestro carácter: impávidos, ante la amargura de la calma aérea; tranquilos y pacientes esperando el soplo de la caja eólica; animosos y alegres, volteando al aire las aspas de nuestros brazos, cuando viene el viento con fuerza; esperanzados y optimistas ante el menor amago de brisa, dispuestos a acrecerla con las telas desplegadas...

Grupo de viejos molinos...



ANTE LA RUINA DEL SIMBOLO

No es extraño que don Quijote confundiera a los molinos con gigantes. Nosotros también, por un momento, nos hemos sobrecogido ante la olímpica majestad del molino vetusto y carcomido, solemne, hierático en lo alto del cerro. Nos han parecido colosos furibundos, a los cuales solo falta el lenguaje, pues hasta nos espantan